

A Santiago López Muguero
(Mordente)

LA LEYENDA DE "PARSIFAL,, EN ESPAÑA

La leyenda de "Parsifal,, en España

Entre las creaciones de Ricardo Wagner, figura en primer línea, el magnífico drama religioso de *Parsifal*, una de las más elevadas creaciones del ingenio humano, en la que figura esa portentosa maravilla que es la escena de la *Consagración del Santo Grial*. La venerable reliquia, fuente perenne de amor y de vida, ha representado un importante papel, en todas las literaturas medioevales, ocupando lugar mucho más preferente de lo que se cree, en las leyendas y tradiciones de nuestro país. Esta razón me ha movido á llevar á cabo ciertas averiguaciones de carácter histórico, concernientes al origen de la poética historia, que hallando su fundamento en el evangelio apócrifo atribuido á Nicodemos, fué amplificada durante la Edad Media en los curiosos poemas de Chretien de Boron y Wolframó de Eschembach, figurando incidentalmente en muchos libros de caballerías, y viniendo á parar en que el autor de *Tristan* la convirtiera, andando los tiempos, en el mito más perfecto que puede imaginarse de la piedad y de la compasión.

En el llamado evangelio apócrifo de Nicodemus, se cuenta cómo José de Arimatea fué apisionado después de la resurrección de Cristo, bajo la acusación de haber escondido el cuerpo del Salvador, y cómo fué confortado en su prisión por la visita que en ella le hizo el dulce Nazareno, para entregarle como precioso recuerdo y recompensa una escudilla maravillosa, fabricada en una sola esmeralda, que según la tradición, había sido regalada por la misteriosa reina de Saba al sabio rey Salomón, y que había servido para el santo ministerio de la institución de la Eucaristía en la última cena. Esta venerable reliquia, que, conforme afirmaban otros narradores, fué utilizada por el propio Nicodemus para recoger la sangre preciosísima que manaba de las heridas del Redentor, era designada vulgarmente con el nombre de *Santo Grial*, corrupción, según unos, de *sanguis realis* (sangre real), y lo que me parece más racional, transformación de la palabra provenzal *Grasal* ó *Grazau* (*grasale* en bajo latín), que quiere decir, literalmente traducida, fuente ó escudilla.

Al principio del siglo XIII, el poeta francés Roberto de Boron, autor de la trilogía, *José de Arimatea*, *Merlin y Parceval*, fijó la significación misteriosa de *Grial* y su poderosa fuerza oculta. La sacrosanta reliquia es la divina gracia reservada á los elegidos. Así lo dice claramente el poeta:

Tous cil qui ton veissel verrunt,
En ma compeignie serunt;
De cueur arunt emplissement
Et joie perdurablement.

Y más adelante precisa el requisito de la elección necesaria para ver el *Graal*—que nadie pue-

de contemplar sin el auxilio de la divina gracia—
con las siguientes palabras:

Car nus le Graal ne verra,
Ce croi-ge, qu' il ne li agrée.

Tan alta significación mística no se apoya sólo en el evangelio apócrifo de Nicodemus, puesto que puede fundamentarse también en los versículos 23 y 26 del evangelio según San Mateo, y sin duda por tales razones, durante los primeros tiempos de la Edad Media, la demanda ó conquista del Santo Grial, constituyó la más alta empresa que un caballero podía acometer, quedando íntimamente unida al ciclo legendario del Rey Artus, el encantador Merlin y la Tabla redonda.

Nada más lógico y natural que el deseo de conquistar aquella inapreciable joya, fuente de innumerables bienes, que daba á su poseedor un poder sobrenatural, como la copa sagrada de Hermes entre los egipcios, la cesta de las fiestas Dionisiacas en la antigua Grecia, y la misteriosa fuente—el legendario *Gradal* druidico,—probablemente la escudilla en la que las sacerdotisas de Teutatés ó Irminsul, recogían la sangre de las víctimas humanas que sacrificaban en honor de sus terribles divinidades. Está probado que muchas prácticas de la liturgia católica proceden directamente de antiguas creencias paganas ó de tradiciones de la religión de los celtas.

La posesión del *Santo Grial* sostuvo y fortaleció, durante los cuarenta y dos años que estuvo prisionero, á José de Arimatea, quien al recobrar la libertad fundó una comunidad, mitad religiosa, mitad guerrera, dedicada al culto y conservación de la inestimable reliquia. En el famoso libro de

caballería intitulado *La demanda del Santo Grial* (que se publicó en latín, francés, español é italiano) tan popular en la Edad Media, se dice que aquel noble decurión que, conforme á los P. P. Bollandos, murió en Jerusalén, ya de avanzada edad; con un hijo suyo llamado también José y doce compañeros más, fueron enviados á la Gran Bretaña por San Pedro y San Felipe, que predicaban el evangelio en Francia, para que ellos lo anunciaran asimismo á aquellos isleños.

Sin duda, la intención del autor anónimo de la novela en cuestión fué atribuir la introducción del Cristianismo en Inglaterra á José de Arimatea, y sus compañeros, y esta fábula completamente gratuita, dió lugar á otras mil extravagantes conjeturas.

La *Historia de Amadis de Gaula* es más explícita todavía. En ella se consigna que: «Josef Abarimatea fué padre de aquel Jusepe que fué el primero que fundó la gran Torre Bermeja, que pobló la isla llamada de su nombre, que introdujo en ella la religión cristiana, y que, viniendo á la Gran Bretaña, trajo consigo el Santo Grial.»

Sin que nadie explique la manera como sucedió, es lo cierto que el *Santo Grial* desapareció de Inglaterra y fué traído á España por un rey legendario, Titurel, padre de Frimutel y abuelo de Amfortas, el rey culpable de la leyenda, que estableció una nueva orden religiosa dedicada á su custodia, y fundó el castillo monasterio de *Montsalvat* (*Mons salvationis*) del que nos habla el caballero Lohengrin. ¿Dónde estuvo situado el sacrosanto templo? ¿Existen datos históricos que presten algún fundamento á esta leyenda? He aquí los dos puntos que pretendo estudiar en estos difusos y mal pergeñados renglones.

Tengo por indudable que el santuario del *Santo Grial* se hallaba situado en España. Conforme con Wolframo de Eschembach, cuyo poema de *Parzival*—imitado, según él mismo declara, de otro poema más antiguo atribuido á un hipotético *Guiot* el provenzal, de quien no se ha encontrado la menor traza—sirvió de fuente á Wagner para escribir su hermoso drama místico; Titurel, rey de Capadocia y esposo de la hermana del emperador Vespasiano, al recibir de mano de los ángeles, como premio á sus virtudes el cáliz de la última cena y la lanza que hirió el divino costado del Salvador, se trasladó á España, y en las abruptas montañas de Galicia fundó el famoso Monasterio, que tanto dió que hablar durante la Edad Media. El gran poeta alemán no dió con lo cierto. Wagner, gracias á las investigaciones de la moderna sabiduría y á su común erudición, confrontando los textos del *Mabinogi* y de Chrestien de Troyes, se aproximó más á la verdad, al colocar la acción de su festival religioso en los territorios de *Montsalvat*, «región ásperamente montuosa de la cordillera del Norte de la España gótica, y en el castillo del mágico Klingsor, situado en la vertiente meridional de aquellas mismas montañas, limítrofes de la España árabe.»

Tengo para mí que el gran maestro debió recoger estos datos del magistral proemio que precede á la edición del poema alemán de *Lohengrin* publicado por Gönes. En dichas páginas, donde el sabio exégeta de la mística divina, angélica y demoníaca, dió rienda suelta á sus profundos conocimientos, encontró Wagner muchos datos relativos al castillo maravilloso (el *Zanberschloss* de Klingsor) y al Graal, más los detalles concernientes á los árabes españoles, las órdenes religioso-

militares—Wolframo de Eschembach llama á los caballeros del Graal *templarios (templeisen)*,—las cruzadas, y los soberanos del Santo Sepulcro y reyes de Jerusalén.

La declaración puesta por el maestro al frente de su poema ha promovido varios pareceres. Quién ha opinado por la singular montaña catalana de *Montserrat*—nombre análogo al de *Montsalvat*,—tan llena de leyendas y tradiciones. Quién ha preferido, con más razón á mi entender, la cordillera del Pirineo en su parte aragonesa, y el venerable monasterio de San Juan de la Peña. Entre los sustentadores de la segunda doctrina, la verdadera, según mi leal saber y entender, se encuentra mi inteligente amigo, el notable cuanto erudito valenciano, Eduardo López Chavarri, una de las pocas personas que en España entienden de música y de wagnerismo, y merece el calificativo de verdadero crítico musical, quien publicó hace algunos años en el periódico *Le Guide musical* de Bruselas, un luminoso trabajo destinado á probar la veracidad de semejante aserto.

En efecto, el venerable Monasterio de San Juan de la Peña, erigido en una enorme anfractuosidad de una roca monstruosa, que no sólo cobija al edificio, sino que sirve de techumbre al santuario; que recibe la luz de lo alto por la abertura existente entre la peña y los muros; rodeado de abruptas y escarpadas montañas que lo esconden á la vista de quien no conoce su existencia, y situado en un lugar casi inaccesible del alto Pirineo, parece responder con toda exactitud á la descripción que del misterioso *Montsalvat* nos hacen todos los autores. Pero á estas circunstancias físicas hay que añadir otros detalles que avaloran y robustecen esta semejanza. El Monasterio de San

Juan de la Peña era habitado por un extraño estol, formado por caballeros medio monjes, medio guerreros, que predicaban el bien y defendían la religión, amparando al huérfano, socorriendo al desvalido y defendiendo al injustamente acusado, y lo que es más particular y característico, rindiendo culto y adoración especial á una sacratísima reliquia entre los muros del templo conservada, nada menos que el cáliz augusto que utilizó Cristo en la cena postrimera para instituir el sacramento del amor.

De todo lo dicho existen datos históricos, puesto que en la *Crónica de Don Jaime I el Conquistador*, se refiere que este ilustre monarca, al conquistar Valencia en el mes de Septiembre de 1238, depositó en aquella iglesia catedral el cáliz que sirvió para la última cena del Salvador, que, procedente del Monasterio de San Juan de la Peña, había traído consigo. La preciada reliquia se conserva aún hoy día en la basilica valenciana. De ella nos habla, entre otros autores, el doctor Jerónimo de Alcalá, en su célebre novela *El donado hablador* (Madrid, 1624), diciéndonos que en su tiempo, el cáliz de Valencia—que se cuida muy bien de no confundir con el *Sacro catino* de Génova, del que nos ocuparemos más adelante—servía para conservar las Santas especies, cubierto con una piedra del Santo Sepulcro, en el monumento levantado al efecto el Jueves Santo. Resulta curioso confrontar lo dicho por el novelista español, con un pasaje del antiquísimo poema *José de Arimatea*, escrito por Roberto de Boron. Cuando Cristo visita en la cárcel al pio varón que por su resurrección milagrosa sufre prisiones, y para consolarle le entrega la santa reliquia, pronuncia un discurso en que expone las ideas fundamenta-

les de la Eucaristía y del sacrificio de la misa. Según el Redentor, los corporales representan el sudario; el cáliz, el sepulcro, y la patena, la piedra que lo cubre y cierra. Como puede verse, alrededor del *Santo Grial* se había formado un ciclo de leyendas que persistían hasta bien entrada la edad moderna, llegando á dar lugar á prácticas litúrgicas en extremo curiosas.

Pero la confusión se produce indefectiblemente, si tenemos en cuenta que la catedral de Génova disputa á la de Valencia la posesión del *Santo Grial*, conocido en la capital de la Liguria bajo el nombre de *Sacro catino*, siendo lo más curioso del caso, que la reliquia genovesa, formada con cristal esmaragdino, lo que pudo muy bien dar lugar á la fábula de estar tallada en una sola esmeralda, es también de origen español, como se declara explícitamente en la *Historia de Alonso VII el emperador, rey de Castilla*, que reinó casi un siglo antes que Don Jaime I de Aragón.

En esta *Crónica* se refiere cómo la santa reliquia paraba, no se sabe cómo, en manos de los moros de Almería, y que cuando el citado rey conquistó dicha ciudad, rescatándola del imperio de la media luna, con ayuda de la escuadra genovesa y los auxilios de Don Ramón, conde de Barcelona, hizo tres partes de lo conquistado: una, la ciudad, que guardó para sí; otra de haber ó los tesoros, que se dieron al conde y á las huestes catalanas, y la otra, el *Santo Catino*, ó como dice una historia antigua, mencionada por Fray Prudencio de Sandoval, autor de la crónica citada; «*la escudilla de esmeralda que se dió á los genoveses*». De la que habla también el lapidario Jaime Ferrer de Blanco, trayéndola figurada en una estampa de su *Exposición de varias sentencias de Dante en cá-*

talán y Tratado de las piedras preciosas que hay en varias ciudades del mundo, curioso libro impreso en 1545.

Por cuanto podemos afirmar que el *Santo Grial* debió estar, efectivamente, en España, quedando en Valencia, ó bien pasando á Génova; á no ser que la venerable reliquia, como creo seguro, constase de dos piezas, el cáliz y la patena, esta última de forma de escudilla, como solían usarse en la antigüedad, y que el primero sea el que figura en la *Crónica de Don Jaime el Conquistador*; refiriéndose á la segunda la *Historia de Don Alfonso VII de Castilla*.

Sea lo que sea, el *Santo Grial*, que ha inspirado á Wagner la portentosa creación que todo el mundo admira, es muy popular entre nosotros.

Buena prueba de ello es la frecuencia con que en las huertas andaluzas, los labradores entonan aquel antiguo romance *del conde del Sol*, ó más bien *corrida*, que tal es la gráfica y correcta denominación de tales cantares, que yo he escuchado tantas veces en mi vida, y que comienza del siguiente modo:

Grandes guerras se publican
entre España y Portugal.

Fijándome precisamente en la estrofa que dice:

¡Padre, padre de mi vida,
por la del *Santo Grial*,
que me deis vuestra licencia
para el conde ir á buscar.
—Mi licencia tenéis, hija;
cumplid vuestra voluntad.

Con lo que me parece que basta y sobra.